

ISAACSON Y LA POESIA COMO DIALOGO Y METAFISICA POEMAS DEL CONOCER (1)

En una breve nota preliminar Isaacson nos dice, aludiendo a los textos que preceden a cada poema, que ha “vivido las sucesivas escrituras como pasiones; y esto es lo único que existencialmente importa cuando la poesía es traducción de vida vivida”. Traducción que debe entenderse como trasmutación de sí en contenido. La poesía se presenta como antropología en cuyo fondo late el sueño del hombre en su peripecia terrenal, sus anhelos, sus recónditos fracasos, pero también sus alegrías, enseñándonos a vivir con lo que se vive, y la pertinaz melancolía como conocimiento de la tiniebla final. Y estos son, precisamente, los contenidos esenciales del libro de Isaacson: la angustia, la incertidumbre del hombre de nuestro tiempo, la inquietud impaciente por hallar salidas, la indagación científica y, por supuesto, también la poesía.

Poemas del conocer es un libro notablemente estructurado. En los pretextos que Isaacson coloca a la cabeza de sus poemas es evidente una firme organización del material a la vez que una fenomenología de la composición, cosa que no me sorprende por tratarse de un escritor en quien conviven el ensayista y el poeta, tal como acontece con algunos grandes poetas contemporáneos. Estos pre-textos definen el carácter de su poesía: en ella es notoria la veta de una pertinaz indagación orientada en el pensamiento metafísico a partir de su conciencia de la temporalidad. La confluencia de

(1) José Isaacson. *Poemas del conocer*. Buenos Aires, Marymar, 1984. 136 p.

la actividad poética y de la crítica introspectiva sobre ésta, que informa y determina su búsqueda, no es una de las características menos destacables y valiosas de su obra. Esto nos hace pensar que aunque en Isaacson es de fundamental importancia su obra poética, ésta emerge de una posición teórica en la cual la poesía es algo en sí mismo, pero también vehículo de una concepción filosófica del mundo y de la vida. De ahí que frente a estos poemas podemos hablar propiamente de composición en el sentido tradicional de componer, de hacer, de organizar, con lo que queda acreditada la modernidad de su estilo poético como obra literaria y de su estilo mental en el que prescinde de todo estado de ánimo, no de la inspiración, para dar paso a lo que ha de entenderse como lo poético, lo particularizado y universalizado para decirlo nuevamente con el autor de la *Fenomenología*, de su relación de profundidad con el mundo y su circunstancia peculiar, es decir, organización consciente de su conocimiento poético del mundo. ¿Qué es este conocimiento? Sólo la poesía puede dar la respuesta, y este libro la da merced a la rica interioridad que lo ha hecho posible como rico trasunto de una vida imantada en los altos sucesos del espíritu. El proceso creativo interesa a Isaacson tanto como el resultado del proceso, es decir, él mismo como contenido de este último; proceso del cual se hace imprescindible hablar para penetrar en el valor de estos *Poemas del conocer*; libro cuya originalidad quiero destacar, cuya seriedad meditativa es de primer rango y cuya ejecución consolida aún más, si cabe, la significación del autor como uno de nuestros más importantes poetas líricos y filosóficos, cuya obra lo sitúa en un lugar de privilegio en la poesía hispanoamericana. “La pregunta destruye el Jardín”, primer poema del libro, constituye el prelude de su compleja problemática: “Desde el pasado/ indeformable/ y congelado, voy/ tanteando/ fluidas paredes. / Como gasas/ flotan en el aire,/ incapaces de sostenerse./ Y en un vaivén,/ que sólo sabe de lentas / huidas,/ me voy cristalizando./ Con mi pasado/ voy creciendo,/ sólido mineral/ que me incorpora/ y del que no puedo alejarme”.

Las connotaciones de este profundo poema son numerosas, desde las personales hasta las teológicas, y de buena gana le acercaría un comentario, como hacían los monjes medievales con textos de excepción. Cada uno de estos *Poemas del conocer* demandaría, por lo demás, un minucioso comentario, si atendemos a la complejidad de sus motivaciones y sentidos.

Otro poema que me interesa especialmente destacar es “Enarbolo la palabra”, una de las piezas más significativas de un volumen insólitamente significativo, y quiero imponer una glosa herética y, por ello mismo, dolorosa, por ser nosotros hombres de

una ciudad o de un país donde el manoseo de esa sombra del resplandor de Dios que es la palabra, padece del azote de la incuria, el desgano, la ignorancia, la viciosa corrupción que la mutila y la prostituye, llevándola al umbral mismo del sagrado silencio de la poesía. Para esta tierra de palabreros, donde casi todos vivimos embriagados con las palabras y éstas reptan o trepan en nosotros como las cucarachas, muchas enseñanzas contiene el poema de Isaacson. En él asistimos a la función ontológica de la palabra, como morada del ser, como arma única del hombre para su advenimiento en el espíritu, lo mismo que la idea, la dignidad de la conciencia, la recuperación de lo perdido en la turbamulta de la rutina vulgar. Que algunos de sus versos nos confirmen: El sujeto y el objeto/ se entrecruzan./ Lo condicionado/ y lo incondicionado alternan/ sus interrogaciones,/ y enarbolamos palabras/ para defendernos./ Escudo, red o lanza,/ mi única posesión,/ el signo que esgrimo/ en medio del precario día./ / . . . / En mares de sed/ una gota de vino/ no basta.// . . . // Los rostros/ se asoman en el espejo./ Los vamos recorriendo/ memoriosamente/ y advertimos/ que sólo la palabra es nuestra”.

Con el humanismo dialógico de Isaacson ensayista es relacionable este bello y melancólico poema, donde el hombre va imantándose en lo que ve y en lo que toca, en lo que piensa y sueña, sin interponer límites entre su ser y el mundo, ya que sería una pretensión de trascendencia que en el existente no existe, valga este giro de complemento interno. El poema nos muestra la peripecia que integra mundo y tiempo en su experiencia de la finitud, el hilo de una posible realidad dialógica —esa ansia de diálogo, esa añoranza de encuentro— como meta de un existir que lo confirme.

Transformar en significaciones perdurables los hechos cotidianos a fuerza de una particularidad que depende del sujeto lírico tanto como del objeto, es la tarea fundamental de la poesía, que cuenta esa experiencia tan recóndita para subsistir, como contaba la Scherezade de la leyenda sus historias para prolongar la vida, tema que Isaacson recoge y en el poema de ese nombre transfigura en la forma en que el pensar y el vivir humanos inventan la motivación de sus días. Ni ese poema ni otros igualmente ejemplares de este libro puedo transcribir por obvias razones de espacio, pero me resulta imposible dejar de mencionar “El encuentro”, en cuyas estrofas parecieran resonar los mismos acordes melancólicos que produce Hölderlin en su célebre elegía “Pan y vino”, donde la noche incipiente es el símbolo de un mundo que acaba. La desnudez y la transparencia que alcanza Isaacson en esta página, y en especial su dicción poética, surgen de una visión dialéctica del mundo, y debieran tenerlo en cuenta quienes creen alcanzar profundidad em-

brollando el lenguaje en cláusulas arrevesadas que ni siquiera impresionan por su inanidad sonora, como diría Mallarmé. Unos pocos versos del citado poema concederán al lector la temperatura de su paisaje: “No le temo a las palabras. / Sé que están gastadas, / manoseadas, / abusadas, también, / por tantos que quisieron aferrarse / y no pudieron. / Cualquiera puede tomarlas, / vaciarlas, / preferir / el ornamento y la opacidad / a la desnudez y la transparencia, // De mí depende / recrear / su virginidad desvanecida. / El poeta / compite con la Celestina / pero no vende / el tenue producto / de sus restauraciones. Y la vieja palabra / reverdece, / como este aroma / que viene en busca del viejo parque / en las vecindades de setiembre. // . . // Soy / cuando me percibo, / yo también, / cosa singular, / partícipe / de una sola sustancia / que me unifica / con el Lugar y el Rostro. / Y de oscilación a oscilación, / de viavén a vaivén, / como los audaces escaladores, / me lanzo / al encuentro del encuentro”.

Considero “El encuentro” un poema excepcional, especie de *Ars poetica* en cuyo contexto oímos el ritmo del pie que escala hacia la altura donde mora el espíritu, donde el espíritu funda su propia sustancia, su equilibrio y su esencial perduración. Mirada cargada de comprensión y sabiduría es lo que impresiona en él a través de su fuerte acentuación elegíaca, sin intromisión del elemento narrativo, sin ninguna caída de la tensión lingüística ni recurso alguno a la trampa emocionalista, sujeto a un ritmo interior que espontáneamente impone el escandir, ritmo que es trasunto de la transformación creadora, pero sin asomo de esoterismos que en muchos casos no son más que juegos de sociedad.

La poesía moderna es esencialmente crítica; ella permite que el poeta establezca una relación primordial con su propio ser, procurando su identidad con miras a la relación concreta con el otro, clave de la concepción del humanismo dialógico de Isaacson. Frente a quienes pertenden convertir al poeta en una suerte de pájaro que vuela —o simula volar— sin saber a dónde, cuando lo importante es que lo sepa, *Poemas del conocer* es una obra maestra de un poeta que recupera para la poesía su carácter de indagación profunda, servida por una despojada palabra cuya belleza se origina, precisamente, en su integral desnudez.

Norberto Silvetti Paz